

DC201
75
1846
V.102



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEON



Biblioteca Alfonso X
Calle Alameda

17019 24882

LIBRO TREINTA Y CUATRO.

Ratisbona.

Llegada de Napoleon á Paris el 22 de enero de 1809 por la noche.—
Motivos de su repentino regreso.—Alteracion profunda en la
opinion pública.—Se aumenta la desaprobacion tocante á la
guerra de España, sobre todo desde que se cree debe producir
dicha guerra un nuevo rompimiento con el Austria.—Des-
gracia de Mr. de Talleyrand, y riesgo de Mr. Fouché.—Ac-
titud que toma Napoleon con respecto á la diplomacia eu-
ropea.—Guarda silencio con el embajador de Austria, y se
esplica francamente con los ministros plenipotenciarios de las
demás potencias.—Hace esfuerzos por ver de impedir la guerra,
pero se resuelve á hacerla de un modo terrible si le obligan
á tomar las armas de nuevo.—Intimidación de Mr. Romanzoff,
que se habia quedado en Paris aguardándole.—Pide apoyo á
la Rusia.—Vastos preparativos militares.—Conscripcion de
4810 y nuevos llamamientos sacados de las anteriores cons-
cripciones. Formacion de 4.º y 5.º batallones en todos los
regimientos.—Desarrollo dado á la guardia imperial.—Com-
posicion de los ejércitos de Alemania é Italia.—Invitase á
los príncipes de la Confederacion á que preparen sus contin-
gentes.—Primeros movimientos de tropas hácia el Alto Pala-
tinado, Baviera y el Frioul, destinados á servir de advertencia al
Austria.—Medios rentísticos puestos en relacion con los milita-
res.—Efecto que hacen en Europa las manifestaciones de Na-
poleon.—Disposiciones de la corte de Austria.—Exasperacion

y desasosiego que de ella se apodera de resultas de los acontecimientos de España.—Los apuros que esta guerra causan á Napoleón parécenle una ocasión que no debe desaprovecharse, despues de no haber utilizado la que ofrecia la guerra de Polonia.—Animase con la irritación de Alemania y la opinión de la Europa.—Armamentos extraordinarios emprendidos hacia tiempo, y llevados ahora á cabo.—Necesidad de tomar una resolución, y de escoger ó el desarme ó la guerra.—Opta por esta última.—Unión del Austria con la Inglaterra.—Esfuerzos que hace el gabinete austriaco en Constantinopla para avenir á los ingleses con los turcos.—Tentativas hechas en San Petersburgo para separar la Rusia de la causa de la Francia.—Enfriase Alejandro con respecto á Napoleón.—Motivos de esto.—Alejandro teme mucho una nueva guerra por parte de Francia contra Austria, y se esfuerza en impedirlo.—No pudiendo lograrlo, y no queriendo aun abandonar la alianza con Francia, adopta una conducta ambigua, calculada bajo el aspecto del interés de su imperio.—Grandes preparativos para acabar la guerra de Finlandia, y volver á comenzar la de Turquía.—Envío de un ejército de observación á Galicia so pretexto de cooperar con la Francia.—Austria, aunque engañada en las esperanzas que tenia con respecto á Rusia, se lisonjea atraerla al primer triunfo, y se decide á dar principio á la guerra en abril.—Declaración que hace en París Mr. de Metternich.—Napoleón sin temor alguno á la guerra, acelera sus preparativos.—Marcha anticipada de todos los refuerzos.—Distribución del ejército de Alemania en tres cuerpos militares.—Papeles señalados á los mariscales Davout, Lannes y Massena.—El príncipe Berthier parte para Alemania con instrucciones eventuales, y Napoleón se queda en París para acabar sus preparativos.—Pasan el Inn el día 10 los austriacos, y el archiduque Carlos se dirige hácia el Isar.—Paso del Isar y toma de Lanshut.—El archiduque Carlos forma el proyecto de sorprender á los franceses antes que se reconcentren, atravesando el Danubio entre Ratisbona y Donauwerth.—Disposiciones para ver de derrotar al mariscal Davout en Ratisbona.—Repentina y venturosa llegada de Napoleón al teatro de las operaciones.—Proyecto atrevido de reconcentración, el cual consiste en atraer al punto comun de Abensberg á los mariscales Davout y Massena, saliendo el uno de Ratisbona y el otro de Ausburgo.—Dificultades en la marcha del mariscal Davout, espuesto á encontrarse con casi todo el ejército austriaco en masa.—Conducta hábil y firme de este mariscal colocado entre el Danubio y el archiduque Carlos.—Encuentra á los austriacos entre Tengen y Hansen.—Brillante acción de Tengen dada el 19 de abril.—Reúnesse con Napoleón el cuerpo de ejército del mariscal Davout.—Napoleón toma la mitad de este cuerpo, con los bávaros y los wurtembergenses, y atraviesa la línea del archiduque Carlos, que se estiende de Munich á Ratisbona.—Batalla de Abensberg dada el 20.—Napoleón prosigue esta operación marchando sobre el Isar y tomando á Lanshut el 21.—Se apodera así de la línea de operaciones del

archiduque, y rechaza su ala izquierda á Baviera.—Sabido en la madrugada del 21 que el mariscal Davout ha tenido que volver á pelear contra el archiduque hácia Lenchiug, cae por la izquierda sobre Eckmühl, á donde llega á las dos del 22.—Batalla de Eckmühl.—Derrotado el archiduque, se corre á Bohemia.—Toma de Ratisbona.—Carácter de las operaciones ejecutadas por Napoleón durante aquellos cinco dias.—Grandes resultados militares y políticos que producen.

Napoleón salió á caballo de Valladolid el día 17 de enero de 1809, llegó á Burgos el 18, entró en Bayona el 19, tomó allí un carruage despues de dar algunas cuantas órdenes, y apareció en las Tullerías el 22 á media noche, sorprendiendo á todos con lo inesperado de su llegada. Efectivamente, no se creía volver á verle tan pronto, y esto debia alarmar un tanto no solo á Francia sino á Europa; alarma que se esplica por los motivos mismos de su repentino regreso. Habia salido de Valladolid confiando á sus generales, divididos por desgracia, y unidos débilmente, merced á la timidez con que mandaba José, la conclusion de la conquista de España; habia salido porque de todas partes recibia noticias asegurándole que el Austria proseguia con mas empeño que nunca en sus armamentos tantas veces paralizados, y otras tantas vueltas á emprender en el espacio de dos años, porque de Viena, de Munich, de Dresde, de Milan, le suministraban pormenores exactos de esos armamentos, en tal conformidad, que no le quedó ningun género de duda acerca de lo inminente del peligro; porque de Constantinopla se referian (los no vistos esfuerzos que estaba haciendo el Austria con el fin de indisponer á los turcos con Francia, y que se reconciliaran con Inglaterra; porque de París, en fin, le decian que se notaba en los ánimos

una agitacion desconocida, que se intrigaba en la córte tímidamente, pero á las claras, que se hablaba no poco, y que en todas partes, por último, reinaba la inquietud y el descontento, murmurándose en alta voz. Al saber todo esto, se apoderó de su alma ardiente un repentino impulso de irritacion, y no habia podido menos que volver inmediatamente á Francia. Los que, tanto de dentro como de fuera, habian provocado su vuelta, debian pagar su enfado, y asi lo temian de antemano, esperando un escándalo la diplomacia europea, y recelando la córte asustada tomase medidas de rigor.

Y efectivamente, Napoleon iba á encontrarse la Francia como nunca la habia visto; aunque en diez años de reinado bien habia podido distinguir por entre la admiracion que le inspiraba, desconfianzas y aun desaprobacion, jamás la habia conocido como se la pintaban en aquel momento algunos servidores fieles; tal, en fin, como él mismo iba á verla. Este cambio se debia absolutamente á la guerra de España, que empezaba á producir sus funestas consecuencias.

Désde luego se habia criticado la empresa de por sí, que al parecer iba á añadir un nuevo peso á la ya pesada carga que oprimia al imperio. Habíase criticado la forma, que no era otra cosa sino una perfidia para con unos príncipes desventurados, embrutecidos (1) é impotentes; pero contaron

(1) Duras nos parecen las palabras que emplea Mr. Thiers hablando de la familia real española: cualesquiera que fuesen los errores de los abuelos de nuestra reina, y diese ó no muestras de cordura su augusto padre, no creemos haya derecho para denostar tan severamente su inteligencia.

(N. del T.)

con el genio de Napoleon, siempre afortunado, para vencer aquellas nuevas dificultades, se deslumbraron y envanecieron con los homenajes de que se vió rodeado en Erfurt, y de este modo flotaban entre el temor, la esperanza y el orgullo satisfecho. Sin embargo, aquella campaña misma, en que solo bastó su presencia para disipar los levantamientos en masa de los españoles, habia inspirado serias reflexiones al ver que hubo que transportar sus valerosos ejércitos del Norte, donde tan necesarios eran, al Mediodia, donde ningun peligro serio amenazaba á Francia; que se vió obligado á dispersarlos en un suelo devorador, donde consumian sus fuerzas en destruir pelotones de gente que no se mantenian en parte alguna, pero que revivian sin cesar convertidos en guerrilla cuando no podian pelear como cuerpos de ejército; que hizo embarcarse á los ingleses, quienes se retiraban defendiéndose vigorosamente, para aparecer á poco en otros puntos de la costa, tan ágiles con sus buques como los españoles con sus pternas. Decíase doquier que aquella era una sima en que irian á sepultarse mucho dinero y muchos hombres, para conseguir un resultado muy inseguro, de desear, sin duda, si se volvía al siglo de Luis XIV; pero infinitamente menos importante en una época en que Francia dominaba el continente; resultado, por otra parte, que se pudo aplazar muy bien á la vista de tantas otras empresas como habia que terminar, y que debia hacer mas difícil esa paz general, tan difícil ya y con tanta justicia deseada. Pero lo que ponía colmo á la pública desaprobacion, era el estar muy esparcida la conviccion de que aprovechándose Austria de la marcha de los

ejércitos franceses para la Península, iba á asir la ocasion de dar nuevamente principio á la guerra con mas probabilidades de buen éxito. Uníase á esta certeza el temor de ver á otras potencias secundarla, convirtiéndose la coalicion en general. De este modo en una falta veian otras mil, encadenándose unas tras otras, y arrastrando consigo una série interminable de consecuencias funestas. Al mismo tiempo los reiterados llamamientos á las armas, que no se entendian con la clase de 1809, sino con la de 1810, reclutada con un año de anticipacion, y aun tambien con las clases anteriores de 1806, 1807, 1808 y 1809, que se habian creido libres con razon, estos llamamientos, decimos, empezaban á producir en las familias universal descontento, haciendo sentir como una molestia grave la guerra que hasta entoncos solo habia sido motivo de triunfo, causa de orgullo y medio de hacer que llegasen á las aldeas mas lejanas y recónditas las muestras de la munificencia imperial para con sus veteranos. Los realistas, atraídos en parte, habian callado hasta alli; pero los mas incorregibles hallaban en los acontecimientos de España y Austria, así como en el malestar de las familias, motivo para usar un lenguaje lleno de hiel. El clero, unido por lo regular á ellos en intereses y sentimientos, tenian en lo mal que se trataba al Papa en Roma, una causa de disgusto tan grande como la que los rancios realistas podian encontrar en las renunciadas forzadas de Bayona. Así hubo curas que usaron un lenguaje muy equívoco en ciertos púlpitos, ya de las ciudades, ya de las poblaciones pequeñas, y so pretexto de predicar la sumision cristiana, comenzábase á hablar á los

pueblos como suele la iglesia en épocas de persecucion.

En los parages públicos se hablaba con extraordinaria libertad, y el vecindario de París, tan versátil, tan turbulento unas veces y otras tan dócil, ora denigrante ora entusiasta, jamás sumiso ni rebelde del todo, en quien es fácil encontrar prudencia en medio de los mayores estravios, ó insensatez en momentos de la calma mas completa, fastidiado casi de admirar á su emperador, y hasta olvidando que debia estarle agradecido porque derribó el cadalso y restableció los altares, porque atrajo á su seno el reposo, el lujo y los placeres, se complacia en citar sus yerros, en hacer comentarios sobre sus faltas, y por entre la satisfaccion de censurar, se traslucia el temor que abrigaba acerca de lo futuro, temor que revelaba en su lenguaje triste y amargo á menudo. Los fondos públicos, á pesar de la obstinacion con que el tesoro compraba, bajó de los 80 francos, tarifa declarada normal por el emperador para la renta del cinco, y hubieran bajado mucho mas sin los esfuerzos que se hicieron para sostenerlos.

No menos inquietud é indisciplina reinaba en torno del gobierno. El cuerpo legislativo habia permanecido reunido todo el tiempo que duró la corta campaña de Napoleon allende los Pirineos, y se habia ocupado, como se acostumbraba en aquella época, no de asuntos políticos, sino de negocios rentísticos, y sobre todo de materias legislativas, habiendo tenido que discutir el código criminal, obra difícil y que podia despertar añejas disensiones. Los individuos de la oposicion, pocos en número entonces, que nunca llegaban á dar mas de

diez ó quince votos en contra de los proyectos que se sometían á su discusion, hicieron frente aquella vez al gobierno, y reunieron hasta ochenta y cien votos negativos, de doscientos cincuenta á doscientos ochenta que componian la cámara, en la deliberación de los diversos títulos de aquel código. El archicanciller Cambaceres, que con su acostumbrada perspicacia, notó el renacimiento de espíritu de contradicción, y que temió escitarlo si ponía á discusion un código que colocaba frente á frente las inclinaciones de los unos á la libertad, y de los otros al principio de autoridad, avisó el peligro al emperador, procurando disuadirle de terminar aquel año el código criminal. En su concepto, convenia escoger un momento en que se inclinasen mas á aprobarlo, y en que el emperador hubiese podido hallarse presente, porque en su ausencia todos eran mas atrevidos; pero como Napoleón no conocia obstáculos, quiso se pudiese á discusion el código aquel mismo año, y debates empeñadísimos, á los que siguieron votaciones mas compactas que de costumbre, llenaron de asombro á los espíritus reflexivos, contribuyendo á indisponer á un soberano, atento, bien que ausente, á cuanto pasaba en Francia.

Animados con esta ausencia ciertos personajes, dieron tambien rienda suelta á su lengua y á su inclinación á la intriga, llevando dos de ellos sobre todo su imprudencia hasta olvidar una sumision, á la que al parecer estaban acostumbrados desde hacia pronto diez años. En otra parte hemos dado á conocer el carácter de Mrs. Fouché y de Talleyrand, que es á quienes aludimos, así como el papel que hicieron durante los primeros años del Consu-

lado estos dos personajes tan diferentes entre sí, tan hostiles el uno al otro, y los mas importantes de aquella época despues del archicanciller Cambaceres. Este, aunque no se le consultaba tanto como en otro tiempo, esforzabase siempre en secreto y sin ostentacion, por hacer que prevalecieran en el ánimo de Napoleon pensamientos de moderacion y prudencia, pero lo conseguia muy rara vez, al contrario de antes. Por lo demas, empezaban á cansarle y entristecerle los sucesos, y tendia cada dia mas y mas á retirarse, lo cual es fácil en todos tiempos, porque los actores impacientes que se presentan en la escena del mundo, nunca se disgustan de que se les deje el puesto desocupado. Solo Napoleon lo notaba con sentimiento, apreciando su extraordinario buen juicio, aunque muchas veces le habia importunado. Se pensaba, pues, mucho menos en el principe archicanciller, sucediendo lo contrario con Mrs. de Fouché y de Talleyrand, á quienes agradaba mucho que se ocuparan de ellos, y en quienes fijaba toda su atención un público cuyo único pensamiento habia ocupado hasta allí Napoleon. Mr. Fouché, ministró excelente de policía en los primeros tiempos del Consulado, con su indulgente indiferencia respecto á los partidos, indiferencia que le inclinaba á contemplar á todo el mundo, tenia, sin embargo, dos inconvenientes graves para un ministro de policía, cuales eran el cuidado de hacerse valer á costa del gobierno, y la necesidad de mezclarse en todo. Si contemplaba á este ó á aquel, si prevenia un acto de rigor, se atribuía el mérito para con los interesados, dándoles á entender que á no ser por él hubieran tenido que sentir la tiranía de un monarca violento. Ade-

mas fingía contener el celo precipitado del prefecto de policía Dubois, funcionario personalmente adicto al emperador, se burlaba de los descubrimientos que pretendía hacer, y llamaba complots quiméricos á todos los que denunciaba este agente. Podía tener razon Mr. Fouché en esto, pero tambien él llevaba su celo hasta el exceso, queriendo mezclarse en todo, para en todo aparecer influyente. No hacia mucho que arrastrado por el deseo de darse importancia, habia tomado á su cargo aconsejar el divorcio á la emperatriz Josefina, creyendo que asi agradaba á Napoleon con proporcionar un sacrificio que éste no se atrevia á pedir, pero que deseaba con ardor. Estas miras sobrado personales, esta indiscreta intervencion en lo que no le concernia, habia ya faltado poco para perder á Fouché en el ánimo de Napoleon, que no queria, como es natural, se hiciese valer á costa suya; que le pintara á los ojos de los partidos como un hombre duro y cruel, reservándose para sí los honores de la indulgencia; que mintiese incredulidad en materia de complots que podian comprometer la estabilidad de su gobierno; que se propasara, en fin, á tomar la iniciativa en negocios graves de estado ó de familia, que únicamente á él concernian, y cuya madurez solo él podia y queria juzgar.

Una circunstancia reciente le habia proporcionado ocasion para manifestar sobre esto su modo de pensar, y lo hizo de manera que debió pesar á monsieur Fouché. El general Malet, anciano militar y conspirador incorregible, Servan, antiguo ministro de la Guerra, Florent-Guyot, que perteneció á la Convencion, y un empleado en instruccion pública poco conocido, estaban comprometidos en una tra-

ma no muy seria, pero que era asimismo de un principio de resistencia al poder absoluto. Solo habia en el asunto una cosa grave, y nadie lo conoció entonces; la manía del general Malet de pensarque ausentándose como se ausentaba Napoleon tantas veces por motivo de la guerra, era preciso aprovecharse de una de sus ausencias para decir que habia muerto, y provocar un levantamiento. Imposible es decidir si el proyecto del general Malet, realizado mas tarde, estaba en germen entonces solamente, ó habia ya madurado en la trama que monsieur Dubois creia haber descubierto. Lo cierto es que Dubois, de quien se burló mucho Mr. Fouché, trató á su ministro con poco respeto conociendo que le apoyarian; y sabedor Napoleon en España de esta reyerta, no queriendo que el ministro de policía se la echase de incrédulo en materia de complots, ó tal vez se hiciese valer para con los cuerpos del Estado sofocando un asunto en que se hallaban comprometidos muchos de sus individuos, prestó toda clase de apoyo á Mr. Dubois, y mandó se examinara la cuestion en un consejo presidido por el principe Cambaceres. El prudente archicanciller apaciguó la reyerta, decidiendo que si no habia fundamento para proseguir el asunto, lo habia á lo menos para prestar suma atencion á aquellos primeros síntomas del espíritu de rebelion, y Mr. Fouché fué reprendido á griamente de orden del emperador. Acababa de serlo con mas dureza aun con motivo de su proposicion de divorcio. Esta proposicion, hecha espontáneamente á la emperatriz Josefina por el ministro de Policía, se figuró esta que la dictaba el emperador, pues no podia suponer que un ministro se aventurara de por sí á semejante paso, á no es-

tar autorizado; y de esto resultaron disidencias domésticas que afectaron vivamente á Napoleon. Buscando estabilidad, deseaba un heredero, y sentia iba madurando en él poco á poco la resolución del divorcio, pero cuanto mas se acercaba el momento de tomar semejante resolución, tanto menos queria anticiparse un pesar que debia serle tan amargo. Desaprobó, pues, el paso dado por Mr. Fouché, y le condenó á que se disculpase, humillándose para con la emperatriz. Tambien fué el mediador Cambaceres, tambien apaciguó aquella reyerta; pero Mr. Fouché pudo conocer desde entonces que declinaba rápidamente su crédito.

En cuanto á Mr. de Talleyrand, su situacion era tambien muy comprometida, por culpa suya igualmente. Mas de una vez habia ya dado motivo de desconfianza y de disgusto á Napoleon; sobre todo dejando el ministerio de Negocios Estrangeros en 1807, por el fútil motivo de convertirse en gran dignatario del imperio. Habia vuelto á granjearse el apoyo imperial haciéndose un instrumento activo de la politica que produjo la guerra de España, y Napoleon, ora le habia conducido á Erfurt, ora le habia dejado en París, á fin de paliar para con la diplomacia europea la parte odiosa y alarmante que aquella politica pudiera tener respecto á las córtes estrangeras; pero Mr. de Talleyrand era el hombre menos capaz del mundo de resistir á la opinion reinante, y cuando la guerra de España acabó por obtener la reprobacion universal, él tambien la desaprobaba. Asi no dejaba de decir que él no la habia aconsejado, fundándose sin duda en que preferia, entre los proyectos propuestos, la desmembracion de España á la usurpacion de la corona. Una vez

entrado en el camino de la desaprobacion, se remontaba hasta el negocio del duque de Enghien, porque en aquel momento de descrédito andaban á vueltas con todas las faltas que Napoleon habia podido cometer, y Mr. de Talleyrand queria no haber sido cómplice de ninguna. Grande era su imprudencia, pues si de todo se murmura pronto en París, como á la indiscrecion se unia mas que en ninguna otra época la pérfida inclinacion á agradar, de todo se murmuraba entonces mas pronto, y Mr. de Talleyrand no podia tardar en ser denunciado al emperador.

No se limitaba su yerro á criticar algunas cosas con poco fundamento, sino que se habia reconciliado con Mr. de Fouché al cabo de haberse odiado y denigrado mutuamente diez años. Trataba éste á aquel de frívolo intrigante, pues fingia dirigir una diplomacia, que con la ayuda de la victoria marchaba por si sola; y aquel á éste de que agitaba al emperador con denuncias vulgares, haciendo obstentacion de una policia, fácil y aun inútil, gracias á la sumision que en todas partes reinaba. En una palabra, Mr. de Talleyrand despreciaba la vulgaridad de Mr. Fouché, y éste la frivolidad de Mr. de Talleyrand. Sin embargo, como si hubiese ocurrido un suceso grave, ó se hallase Francia en situacion tan peligrosa que fuera preciso de una y otra parte olvidar antiguos resentimientos, merced á hombres oficiosos, habiáanse reconciliado Talleyrand y Fouché, visitándose públicamente, lo cual causó sorpresa general. El verdadero motivo de su reconciliacion es que podian presentarse muy pronto circunstancias en que su union fuese necesaria á ambos. Efectivamente, estaban persuadidas las gentes que Napo-

leon iba á acabar por encontrar en España la muerte bajo el puñal de un fanático, ó en Austria en una bala de cañon; y Mrs. Fouché y de Talleyrand, inclinados ya á creer en la caída de un órden de cosas que no era ya de su agrado, participaban al parecer de la opinion, de que la persona de Napoleon habia de sucumbir infaliblemente á un peligro harto provocado tantas veces. ¿Qué será de nosotros? ¿qué haremos? eran las preguntas que se habian hecho á sí propios, y á que seguramente no habian contestado; pero exagerando como suelen los mediadores las semiconfianzas que los dos personajes pudieron haberse hecho, sostenian que los dos habian formado nada menos que todo un plan de gobierno para en caso que sucumbiese Napoleon. Hasta les atribuian la idea de transmitir la corona imperial á Murat, que habia llevado consigo á París, antes de trasladarse á Nápoles, el descontento de no ser rey de España.

Estos fútiles rumores no merecerian que la historia se ocupase de ellos, si no atestiguaran que empezaban á alterarse los ánimos, merced á las faltas de Napoleon, y sobre todo, si no hubieran producido el resultado lamentable de tener á los extranjeros á la expectativa de lo que pasaba en París, persuadiéndoles que la autoridad de Napoleon estaba muy debilitada, que sus medios de accion habian disminuido mucho, y en fin, que habia llegado el momento de declararle otra vez la guerra. Es seguro que el estado de los ánimos en París (1)

(1) Este hecho lo prueban, por desgracia, todas las correspondencias de la época. Es admirable hasta qué punto se repetía en Viena, en Berlin, en San Petersburgo, todo cuanto se decia en París.

obró entonces mucho sobre el estado de los ánimos en Europa, y contribuyó en extremo á volver á encender la guerra, como pronto se verá.

Antes de dejar á Valladolid, conocia ya Napoleon gran parte de cuanto acabamos de referir, y estaba tan irritado con ello que no pudo contenerse. La vispera de su marcha al saber que los granaderos de la antigua guardia murmuraban de que se les dejase en España, por lo menos momentaneamente, y que el general Legendre, uno de los firmantes de la capitulacion de Bailen, debia presentarse en una revista que iba á pasar, se entregó á impulsos de furor que alligieron profundamente á todos los que de ellos fueron testigos. Al recorrer á pie las filas de sus granaderos, que le presentaban las armas, ya oyese algunos murmullos, ya conociese á uno de los descontentos, lo cierto es que le arrebató el fusil de las manos, y atrayéndole hacia sí, le dijo: «¡Infeliz, merecés que te fusilara! y por poco no lo hago.» En seguida, rechazándole hacia las filas, y dirigiéndose á sus camaradas: «¡Hal ya sé, les dijo, que quereis volver á París en busca de vuestras queridas, y para entregaros á lo demas que teneis de costumbre, pues bien, os he de tener sobre las armas hasta los ochenta años!» Despues, habiendo divisado al general Legendre le cogió la mano y le dijo: «Señor general, ¿cómo no se os secó esta mano al tiempo de firmar la capitulacion de Bailen?» Agoviado bajo el peso de estas palabras el malhadado general se abismó en su afrenta, y todos bajaron su vista ante Napoleon, sin dejar por eso de criticar en secreto estas inalicables violencias.

En seguida salió para París, á donde llegó, co-

mo hemos dicho, con una rapidez que corria parejas con sus pasiones. Mucho le habian escrito á España, porque además de sus ministros tenia un sinnúmero de correspondientes que le comunicaban cuanto pensaban y averiguaban (1); en el camino supo tambien mucho, y á pesar de la velocidad de su marcha, dió una porcion de órdenes, mandando especialmente arrestar á un abate llamado Anglade, que en la Gironda habia hablado mal desde el púlpito de la conscripcion, y enviando á París al arzobispo de Burdeos, que habia permitido los sermones de dicho abate. Apenas entró en las Tullerías se vió asaltado por millares de relaciones sobre cuanto habia sucedido estando él ausente, y aunque estas relaciones exageradísimas no podian engañar una penetracion tan sagaz como la suya, como se acoge de buen grado lo que lisongea la irritacion que uno siente, Napoleon creyó al parecer muchas cosas inverosímiles. Llamó, pues, al archicanciller Cambaceres y le refirió con sobrada animacion cuanto le habian contado, enfureciéndose sobre todo contra Mrs. Fouché y de Talleyrand, quienes, segun su modo de pensar, no podian haberse reconciliado sino con muy mala intencion. Cambaceres procuró calmarle, pero casi no lo consiguió. Lo que mas ofendia á Napoleon era que dispusieran de su herencia, co-

(1) Entre estos correspondientes se hallaban Mrs. Fievée y de Montlosier, y Mad. de Genlis, que no escribian para denunciar, sino para decir su opinion sobre lo que veian, y lo que estaba pasando á la vista de todos. La correspondencia de Mr. Fievée se ha impreso, y prueba que Napoleon dejaba que le dijese muchas y atrevidas cosas.

mo si fuera segura su muerte; lo que le ofendia mucho mas aun era que desaprobaba su conducta política un hombre que habia sido cómplice en ella, y á quien condujo á Erfurt, ó dejó en París para que fuera su apologista. Así lo principal de la tormenta debia descargar sobre la cabeza de Mr. de Talleyrand, porque como Mr. Fouché habia recibido ya por escrito severas reprimendas, aunque empezaba á caer en desagrado, no habia colmado bastante la medida para ser sacrificado.

En un consejo de ministros, al que concurrieron muchos grandes dignatarios, que á la sazón se hallaban en París, se quejó de todo y de todos, nada habia de que no estuviese descontento. Habíase perdido en aquella época, en medio de la calma del imperio, el conocimiento de la opinion pública y sus bruscos cambios; creíase que un gobierno podia dirigirla segun tuviese por conveniente, y porque la policia ejercia una autoridad absoluta sobre la prensa, se le atribuia sobre ella un influjo pueril. Quejóse Napoleon de haber dejado que se estraviaran los ánimos acerca de los sucesos del día, y que se interpretara su última campaña, señalada por los triunfos, como fecunda en reveses; arrojó acerados dardos contra los que habian hablado y obrado, como si se tratara de una sucesion inmediata, de un reinado próximo á concluirse. Se quejó, sobre todo, con estremada amargura de los que por censurarle no temian censurarse á sí mismos; en fin, sin contenerse, dando grandes pasos por la sala del consejo, y encarándose con Mr. de Talleyrand, que estaba inmóvil, de pie, y apoyado en una chimenea, le dijo gesticulando con viveza: «¿Cómo osais pretender que no

teneis parte en la muerte del duque de Enghien! ¡como osais pretender que sois extraño á la guerra de España!—¡Estrañ, repetía Napoleón, á la muerte del duque de Enghien! ¿se os ha olvidado que me la aconsejasteis por escrito? ¡Estrañ á la guerra de España! ¿se os ha olvidado que me aconsejasteis en vuestras cartas volviere á dar comienzo á la política de Luis XIV? ¿se os ha olvidado que habeis sido el mediador en todas las negociaciones que han venido á parar á la guerra actual?» En seguida pasando y volviendo á pasar por delante de Mr. de Talleyrand, dirigiéndole palabras cada vez mas ofensivas, acompañadas de gestos amenazadores, heló de espanto á todos los que se hallaban presentes, y dejó á los que bien le querian llenos de dolor al ver rebajada en aquella escena la doble dignidad del trono y el genio (1). Acto continuo despidió Napoleón el consejo, enfadado de lo que habia hecho, y añadiendo al descontento que tenia de los demas, el justo descontento que debia tener de sí propio.

Mr. de Talleyrand volvió á su casa con una especie de pasmo, y los médicos temieron por su vida, porque no tenia valor para sufrir la desgracia, aunque aparentase impasibilidad. Entretanto Napoleón estaba harto irritado para limitarse á palabras, y quiso que el público supiese oficialmente habia caído de su gracia Mr. de Talleyrand. Este personage, que gustaba de toda clase de honores y distinciones, habia aspirado á ser gran

(1). El honrado y verídico duque de Gaeta, testigo ocular de esta escena, me la contó con todos sus pormenores unos cuantos dias antes de morir.

chambelan cuando desempeñaba las funciones tan graves de ministro de Negocios estrangeros. Hecho gran dignatario, permaneció siendo gran chambelan, y disfrutaba las ventajas pecuniarias de uno y otro puesto; pero al día siguiente de la sesion tempestuosa que se habia celebrado en el consejo de ministros, Napoleón le mandó pedir la llave de gran chambelan, y se la dió á Mr. de Montesquiou, uno de los individuos mas probos del Cuerpo legislativo, que reunia á sus titulos actuales otros antiguos, muy apreciados por Napoleón cuando se añadian á un mérito efectivo. No obstante, conociendo Mr. de Talleyrand que se habia apresurado demasiado conduciéndose con el gobierno imperial como con un gobierno perdido, trató de rescatar con una sumision estremada las hablillas imprudentes que le atribuian, y dos ó tres dias despues concurrió á una gran fiesta que se daba en las Tullerías, brillantemente puesto, inclinándose profundamente ante el soberano, cuyos ultrages acababa de sufrir, queriendo casi hacer dudar á él mismo y sobre todo al público, de cuanto habia pasado. Y en cierto modo lo consiguió, pues desarmado Napoleón con aquella sumision calculada, descubrió el cálculo, pero agradeció la humildad.

Despues que Napoleón reprimió las lenguas de los que le rodeaban; sin reprimir la del público, porque á esta no era posible cartigarla con el desfavor, ocupóse inmediatamente de los graves asuntos que le llevaban á Paris. Estos asuntos eran la diplomacia y la guerra que era preciso conducir de frente, porque nos hallábamos en vísperas de un rompimiento con Austria. Esta potencia, á quien hemos visto tan agitada durante tres años, flotando

unas veces entre el deseo de vengar sus humillaciones y otras entre el temor de nuevos descalabros; buscando sin cesar una ocasion propicia, creyendo que la habia descubierto en el atrevido movimiento de Napoleon hacia el Norte en 1807, dejandola pasar sin aprovecharla, y sintiendo amargamente haberla perdido; creyendo hallar otra en la guerra de España, vacilando por espacio de seis meses entre si se valdria de ella ó no, y en medio de tales fluctuaciones armando tropas con una actividad que cada vez iba en aumento; esta potencia, decimos, debia al fin estallar ó estaba al parecer muy próxima á ello. Todos los preparativos militares que hacia en su vasto imperio, todas las intrigas políticas que ponía en juego para con los gabinetes europeos, revelaban que habia adoptado una resolución, y como se acercaba la primavera, pensó Napoleon que tendria á lo mas tres ó cuatro meses para prepararse á hacerle frente. Era, pues, menester darse prisa si no queriamos que se nos cogiera desprevenidos; pero precisamente sobresalia Napoleon en el arte de emplear bien el tiempo y de crear por medio de milagros lo que no existia, y de ello dió entonces otra prueba notable.

Al mismo tiempo que los preparativos militares, tenia que conducir las negociaciones, las cuales debian evitar la guerra, ó hacer mas seguro su resultado por medio de alianzas bien arregladas. Pocos meses antes, cuando su primer regreso de España, habia tenido con el embajador de Austria esplicaciones tan francas, tan netas, y de tan poco efecto no obstante, que parecia una cosa superflua, y tan poco digna como poco eficaz dar principio de nuevo. Napoleon juzgó que la verdadera con-

ducta que habia que observar y el único modo de provocar reflexiones útiles en Viena, suponiendo que aun fuesen alli capaces de hacerlas, era usar la mayor reserva con aquel embajador, suma franqueza con los demas, y enérgica actividad en el empleo de medios administrativos. Se mostró, pues, urbano, pero frio y sóbrio de palabras con Mr. de Metternich, encargando á su familia, que acogia muy bien á este ministro, imitase su reserva. Con los demas embajadores se mostró al contrario mucho mas franco, confesándoles el motivo de su repentina vuelta á París, declarándoles que Austria la originaba con sus armamentos, y asegurándoles iba á contestar con otros formidables. «Parece, les dijo, que son las aguas del Leteo y no las del Danubio las que corren en Viena, y que han olvidado alli las lecciones de la experiencia. Si necesitan noticias mias, las tendrán; pero terribles esta vez, lo aseguro. Yo no quiero la guerra, no tengo interés en ella, y la Europa entera es testigo que todos mis esfuerzos, asi como toda mi atencion, se dirigan hácia el campo de batalla que ha escogido la Inglaterra, es decir España. El Austria, que salvó á los ingleses en 1805, en el momento en que iba yo á pasar el estrecho de Calais, los salva otra vez cuando iba á perseguirlos hasta la Coruña; pero pagará caro el distraerme de mi objeto. O desarma sus tropas sin detencion alguna, ó tendrá que sostener una guerra destructora. Si verifica el desarme de modo que no me quede la menor duda acerca de sus intenciones para lo futuro, tambien yo envainaré mi espada, porque solo tengo deseos de sacarla en España, y contra los ingleses. Sino, la lucha será pronta y decisiva, y tal que no vol-